

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

III

LAS ENSEÑANZAS DE LA NATURALEZA

Según el testimonio inocente del niño bondadoso que yo era en aquel tiempo, la vida en la clase del señor Crottu era un cúmulo de injusticias. Aquel hombre tejía la iniquidad como la araña su tela, y sin vanagloriarme puedo añadir, que de los treinta niños cuya enseñanza corría entonces a su cargo, era yo quien sufría las mayores y más numerosas consecuencias de su mala voluntad. Yo no podía tener resentimientos contra él, porque desde la infancia estuve acostumbrado a tropezar con hombres injuriosos y duros, pero no podía perdonarle su ruindad. Sin duda en mis tiernos años presentía yo las elevadas verdades morales en las que luego me formé, y un demonio familiar me decía ya que los únicos crímenes irreparables son los realizados contra la belleza. Tomé, frente al señor Crottu, el partido de las musas y de las caridades, a las que ofendía gravemente en toda su persona. ¡Desdichado! Una piel dura y gruesa recubría sus anchas manos, cortas, que deslucían todas las cosas delicadas sobre las cuales se posaban, y no pudieron proporcio-

30187

narle nunca ningún contacto agradable. Sus miradas, recelosas, no sabían descansar en las imágenes bellas. Su rostro era taciturno; la única expresión de placer que mostraba consistía en sacar de la boca una lengua húmeda al momento de inscribir, en un registro sórdido, los castigos inmerecidos. Como el zafio de que habla no sé dónde Nepomuceno Lemerrier, escupía en abanico y se sonaba en trompeta. Tales eran mis agravios contra él. Y le odiaba mucho menos por lo que hacía que por lo que era. Odio constante, consagrado no a los actos que varían, sino a la naturaleza que no cambia; y acaso ese odio, tan fuerte y tan bien tenido, no se hubiera revelado jamás; acaso mi corazón lo guardara siempre cerrado y secreto, si una circunstancia, provocada por el propio señor Crottu, no lo hiciera estallar.

Nos refirió un día, no recuerdo con qué oportunidad, la historia del sátiro Marsyas, que por haberse atrevido a luchar con su flauta contra Apolo, sufrió una derrota y fué desollado por el dios de la lira.

—Marsyas—nos dijo el señor Crottu—tenía un rostro bestial, la nariz roma, los cabellos hirsutos, cuernos en la frente, las orejas anchas y velludas, una cola de caballo y los pies de chivo.

El sátiro, representado de aquel modo, era el señor Crottu en persona, el señor Crottu, ni más ni menos, aun cuando no se le veían los cuernos, los pies de chivo ni la cola de caballo que nada nos

permitía suponer en un profesor; pero todo lo demás aparecía claramente, sobre todo las orejas, anchas y peludas. Las risas ahogadas, los murmullos y exclamaciones que acogieron el retrato de Marsyas fueron suficientes para dar a conocer que todos los alumnos advirtieron la semejanza. Es creíble que yo hiciera manifestaciones análogas a las de mis condiscípulos y que tomara parte en el concierto de las risas; pero inmediatamente quedé abismado en una meditación profunda. Sin dejar de comprender el atrevimiento de Marsyas, no me parecía completamente aceptable la conducta de Apolo respecto a su rival, y para decirlo todo, la juzgaba cruel. Sin embargo, aplicada a un ser muy semejante al señor Crottu, poco a poco descubrí una elevada razón y una superior justicia. Esboqué en mi cuaderno un retrato, donde mis dedos inhábiles pretendieron revelar los trazos del sátiro y los del pedante maestro. Aquella figura empezaba a tener expresión y a mostrarse horrible cuando el señor Crottu se fijó, la cogió, la desgarró y pagó mi arte con un castigo absurdo.

Ya era irremediable; le traté como a enemigo y respondí a su atentado con una sonrisa despreciativa. Una prudencia tardía me advierte que obré de ligero al declarar mi odio con demasiada generosidad.

Desde entonces manifesté en presencia del señor Crottu un desprecio altanero cuyas consecuencias exageraba. Le prodigué todas las señales de asco y

de repugnancia que me sugería mi tierna imaginación. A decir verdad, notó algo y aumentó su malevolencia hacia mí. Su perversidad gozaba con ardor nuevo en mis errores y en mis faltas, pero lo que menos pudo perdonarme era lo que yo hacía bien. No eran muchos mis méritos ni se mostraron con desenvoltura, pero yo no estaba completamente desprovisto de inteligencia, y alguna vez lo demostré.

Aquello exasperaba al señor Crottu. Cuando le respondía acertadamente, cuando había en mis composiciones una frase oportuna, el rostro del señor Crottu manifestaba una viva contrariedad y sus labios se estremecían coléricos. Sucumbí bajo el peso inicuo de sus castigos.

Por un justo resentimiento me propuse levantar a toda la clase contra el opresor. Durante las horas de recreo lanzaba sobre su nombre invectivas y execraciones; recordaba a mis condiscípulos sus vejaciones, sus deformidades, la frondosidad de sus orejas. Nadie me contradecía, ninguna voz se alzaba para defenderle, pero el miedo al maestro contenía sus lenguas; callaban.

En mi casa, mientras comíamos, traté algunas veces de presentar a mi madre un retrato del señor Crottu. ¡Ay!, no había en el mundo persona menos dispuesta para recibir aquella revelación. Su alma pura, nutrida en el *Telémaco*, imaginaba a mis profesores como a los sabios de Grecia, y el señor Crottu se le aparecía bajo la figura de Mentor.

Difícilmente un discurso muy hábil pudiera sustituir en su inteligencia esta figura venerable por otra bestial y cornuda, y al aventurarme sin más ni más en esta empresa, yo descubría mi parcialidad, acumulaba las exageraciones y las inverosimilitudes, y afirmaba sin pruebas que el pantalón canela del señor Crottu ocultaba una cola de caballo. En cuanto a mi padre, nada hubiera podido quebrantar el respeto que le inspiró siempre la jerarquía, ni la confianza absoluta que otorgó a las personas que menos la merecieron. Tampoco pude conseguir que Justina compartiera mis juicios acerca del señor Crottu. Poco dispuesta de ordinario a creermme, cuando le refería las iniquidades del profesor se limitaba a responder:

—Señorito, si usted estudiara bien sus lecciones y si no exasperase a ese pobre señor, en vez de quejas no tendría usted más que alabanzas para él.

Y me citaba el ejemplo de su hermano Sinforoso, que era un buen muchacho, por lo cual el maestro de la escuela le había escogido para pasante y el señor cura le tomó de monaguillo.

—En cambio usted, señorito, hace que se condene su bondadoso maestro, y tendrá que responder ante Dios.

En vano explanaba yo los hechos más revelantes. Justina no quería creer nada, ni siquiera que se llamase Crottu. Decía que aquello no era un nombre.

Un día fui a contarle mis agravios a la señora

Laroque, la cual, sentada en su butacón de tapicería y con los pies sobre el calentador, hacía unas medias azules mientras oía benévola mis quejas; pero la pobre señora era ya muy anciana, y en su cerebro se mezclaban el pasado y el presente. Chocheaba un poco, y confundía de un modo extraño al señor Crottu con un antiguo profesor de Granville, que en 1793 castigó a Florimond Chappedelaine por no haber gritado «viva la nación». Mi resentimiento, del que nadie quería participar, me ahogaba. Yo no quería darme por vencido, a pesar de que llevaba la peor parte. Inútil es decir que, en aquella lucha, el señor Crottu era más fuerte que yo.

Una mañana de primavera me despertó el canto de los pájaros; acribillaban mi lecho flechas de luz que se introducían por las rendijas de los postigos; yo adoraba la luz del día, pero el recuerdo del señor Crottu vino a turbar mi gozo. Aquella mañana mi querida mamá, según su costumbre, se preocupó de mi aseo y del repaso de mis lecciones. Yo fingí una tranquilidad prudente; pero había tomado una resolución. Después de desayunarme con pan y leche a las siete y media, cargado con la cartera de badana donde previsoramente había metido los menos libros posibles, bajé la escalera, seguí por la orilla del Sena plateado, y tomé la calle que conducía al colegio. Luego de pronto volví hacia la derecha para entrar en una larga calle por donde no había pasado nunca, y que acaso me conduciría a regiones desconocidas y deliciosas. Mi

gozo era tan ardiente y expansivo que se lo comuniqué a un borriquito enganchado en un carro de verduras. En vano la prudencia me advertía la gravedad de la falta y los peligros a que me exponía cuando se conociera, y esto era inevitable, porque las faltas de asistencia al colegio eran anotadas y advertidas; pero confiaba en que se ofrecerían para encubrirme las casualidades afortunadas que rigen el destino humano en el feliz desorden que atempera los rigores de la justicia.

Por añadidura, era tan de mi gusto aquella escapada, que me daría por satisfecho al sufrir las consecuencias. Había resuelto hacer novillos. Esta maniobra sólo me libraba del señor Crottu por un día; pero hay días que nos parecen eternos, y no vanamente, puesto que nos hacen olvidar el pasado y el porvenir. En aquella larga calle que despertaba a la caricia del sol, todo era para mí risueño y divertido. Sin duda las cosas que me rodeaban reflejaban y me devolvían el entusiasmo de mi propio corazón. Pero sin temer a que me acusen de alabar el pasado en detrimento del presente, diré que el aspecto de París era entonces más agradable que ahora. Las casas eran menos altas, y había muchos más jardines; a cada paso se veían asomar sobre los viejos muros las ramas frondosas de los árboles; cada una de las casas, con graciosa variedad, pregonaba sus años y su condición; muchas que habían sido hermosas en otro tiempo, conservaban un encanto melancólico; en los barrios populosos, caballos de

pelo y jaeces distintos tiraban de coches, carromatos y calesas que alegraban la calzada, donde los gorriones descendían para picotear los excrementos; de cuando en cuando un ómnibus amarillo, arrastrado por percherones tordos, rodaba con estrépito sobre las piedras. La población todavía no se había extendido hasta las murallas; París no era aún la ciudad única en el mundo; un prefecto famoso apenas empezaba entonces a trazar las aberturas por donde entraron en abundancia la monotonía, la mediocridad, la fealdad y el aburrimiento. Me sería fácil imaginar, sólo ante los barrios del centro, que desde el reinado de Ana de Austria hasta la mitad del segundo Imperio, París, que había presenciado tantas revoluciones, durante dos siglos varió menos que en los sesenta años que nos separan del tiempo que me gozo en recordar aquí.

Os aseguro que me faltó poco para conocer los apuros de París, tal como los describía Boileau hacia 1660 en su bohardilla del palacio. Como Boileau, he oído en plena ciudad el canto del gallo que anunciaba la primera luz del día; he sentido en el arrabal Saint Germain hedor de establo; he visto aún barrios que conservaban un aspecto agreste y los atractivos del pasado. Sería un error afirmar que un niño de doce años no disfruta el encanto de su ciudad: lo respiraba con el aire natal y lo saboreaba instintivamente. Pretender que apreciaba las bellas proporciones de los hoteles que ofrecían los órdenes clásicos, los pórticos y los frontones entre

patio y jardín, sería decir demasiado; pero, al paso, los disfrutaba conforme a sus fuerzas y a sus necesidades como si fueran suyos; y lo que entonces no comprendía se hallaba conscientemente predestinado a comprenderlo algún día. ¿Se necesita una edad muy avanzada para soñar un jardín prohibido, que deja ver por una puertecita entreabierta algunas ramas y algunas flores? ¿Es necesario haber salido de la infancia para conmoverse en presencia de un muro viejo? El amor al pasado es innato en el hombre. El pasado conmueve igualmente al nieto y al abuelo; bastarían para probarlo los cuentos de la madre Oca, los cuentos del tiempo en que Berta hilaba; las fábulas de la época en que hablaban los animales. Y si se indaga por qué todas las imaginaciones humanas, juveniles o marchitas, tristes o alegres se vuelven hacia el pasado curiosas de penetrar en él, se averiguará, sin duda, que el pasado es el único lugar donde podemos refugiarnos al huir de los hastios cotidianos, al huir de nuestras miserias, al huir de nosotros mismos. El presente es árido y turbio; el porvenir se nos oculta. Toda la riqueza, todo el esplendor, toda la gracia del mundo se hallan en el pasado, y esto lo saben tanto los niños como los viejos. Ved por qué desde mi más tierna edad oí con emoción a las piedras que me hablaban de tiempos pasados. ¡Ay! las antiguas piedras han dejado su lugar a las piedras nuevas que a su vez envejecerán, y entonces parecerán interesantes a las almas soñadoras.

A medida que avanzaba por aquella larga calle, las casas eran más humildes y más rústicas. Observé oficios y costumbres desconocidos en los hermosos barrios donde se deslizaba mi infancia. Allí es donde se me aparecieron por vez primera los hortelanos, que regaban las verduras bajo sus anchos sombreros de paja; las mozas, curtidas por el sol, que ordeñaban las vacas; los vendedores de leña, que formaban con los leños arcos de triunfo; y el herrador, en el quicio de su fragua entre un hedor acre de cuerno quemado, que ponía una herradura en el casco de un caballo cuya pata sujetaba el ayudante. El herrador lucía sobre su rostro una profunda pata de gallo y unos bigotazos marciales. La manga levantada de su camisa descubría en el brazo izquierdo un tatuaje azul con una cruz y esta inscripción: «Honor y Patria». Luego volví a verle ante el mostrador de una taberna de la vecindad; se enjugaba los bigotes con el revés de una mano, y golpeaba con la otra alegremente sobre el hombro de un viejo carretero.

La presencia de aquellos artesanos me procuró en pocos instantes más conocimientos útiles de los que pude recoger en tres meses de colegio, y acaso aquel día germinó dentro de mí el amor fecundo que durante toda mi vida ha inclinado mis preferencias hacia las artes manuales y hacia los que las practican.

En aquel día, que llegó a parecerme interminable, me prometí disfrutar todos los goces de la vida y todas las delicias del bosque.

A la orilla del Sena, cerca de un puente, encontré a una viejecita sentada sobre una silla de tijera junto a una mesita donde había tortas de Nanterre y un frasco de horchata tapado con un limón. Una torta y un vaso de aquella bebida fueron para mí un magnífico desayuno. Nuevamente fortalecido, sentí ansias de recorrer el bosque de Bolonia. Entré por Auteuil, que aún era entonces un pueblo cuyas casas, a la sombra del follaje movedizo, conservaban recuerdos ilustres y encantadores que no me hallaba yo en disposición de apreciar.

Aquellas casas empezaban a caer bajo la piqueta demoledora y sobre los arrasados jardines se alzaban edificios elevados. También se transformaba el bosque de Bolonia; desfigurado por el artificio de los jardineros había perdido su carácter y su frondosidad. Ya no se disfrutaba a su sombra del horror sagrado. La profundidad de los bosques me inspiraba desde mis tiernos años un placer melancólico; pero el respeto a la verdad me obliga a decir que, al hundirme en la espesura donde la luz se tamiaba en discos de oro a través del follaje, retrocedí apresuradamente, porque el temor a los merodeadores turbaba mi soledad. No estuve tranquilo hasta llegar a una pradera donde, cerca del Muette, jugaban los niños mientras que sus madres, sus hermanas mayores y las nodrizas engalanadas se reunían a la sombra de los castaños sentadas en bancos, en sillas de jardín o en sillas de tijera. Descubrí en un banco un lugar vacío junto a un

niño que me pareció ya mozo; representaba aproximadamente tener mi edad; era muy agradable; iba vestido como yo quisiera vestir, con una elegancia natural. Su corbata azul, de lunares blancos, flotaba al viento. Llevaba prendida en un ojal del chaleco la cadena de oro de su reloj; su cabello rizado y corto era de un rubio leonado; resplandecían sus claros ojos; su rostro pálido y de una lozanía encantadora se coloreaba en las mejillas. Tenía en su mano inquieta un cuadernito y un lápiz. Me inspiró de pronto mucha simpatía, y a pesar de mi timidez le dirigí la palabra. Me respondió sin interesarse, pero amablemente, y entablamos conversación. Me dijo que era huérfano y enfermo; que habitaba en una casa del Ranelagh con su abuelita, de antigua familia irlandesa, establecida en Francia desde larga fecha y emparentada por su marido, ya difunto, con las familias más encopetadas de la nobleza imperial.

Quisiera ir a un colegio, trabajar y jugar con sus condiscípulos, intervenir en las partidas de barra y de pelota, obtener premios en el concurso general; pero estudiaba en casa con un joven sacerdote, al cual se refería sin odio y sin afecto; solamente le criticaba un sombrero de felpa de una altura desmesurada, que se ponía con preferencia al sombrero eclesiástico. Aquel día su preceptor le llevó al bosque como de ordinario; le sorprendía sin contrariarle que le dejara solo tanto tiempo, contra la costumbre. Me habló con exaltación de las victorias

de Crimea. Desde una ventana de la plaza Vendome había visto pasar las tropas que volvían de Oriente y llevaban sus trajes de campaña descoloridos y agujereados. Los heridos iban a la cabeza de los regimientos; las mujeres les echaban flores; eran aclamadas las banderas y las águilas. Aquel recuerdo aún estremecía su corazón. Me describió, como si hubiera asistido a ellos, los banquetes y los bailes de las Tullerías, a los cuales era invitada con frecuencia su prima Clara, esposa de un caballero de la Emperatriz. Los espectáculos, las exposiciones, los festejos, excitaban mucho su curiosidad.

Hubiera querido asistir al asalto de armas dado en la sala Saint Barthélemy por Grisier y Gatechair; se prometía frecuentar asiduamente, dentro de pocos años, la Comedia Francesa, el Teatro Lírico y la Ópera. Entre tanto sabía por su tío Gerardo lo que pasaba en esos tres grandes teatros, y leía en los periódicos la crítica teatral. Me enteró de la brillante presentación de la señora Miolan-Carvalho en el Teatro Lírico y me preguntó si me agradaba Magdalena Brohan. Sacó de un bolsillo el retrato de una hermosa mujer rubia que apoyaba los brazos desnudos en el respaldo de un sillón.

—Esta es—me dijo—. ¿No le parece muy hermosa?

Me admiré de que conociera tanto las cosas del teatro, que yo ignoraba a pesar de inspirarme curiosidad. ¡Qué bien conocía el mundo elegante y el mundo de los artistas y los poetas! Había visto a

Ponsard y le había hablado en la Academia Francesa; sabía la verdadera historia y hasta el verdadero nombre de la Dama de las Camelias; conocía íntimamente al predicador que hizo los sermones de Cuaresma en las Tullerías.

Me hacía preguntas y no aguardaba mi respuesta.

—¿Qué piensa usted de las mesas giratorias? Yo he visto girar un velador. ¿Querría usted ser como Chaix d'Est-Ange? Yo sí. Yo quisiera ser un gran orador. Pero mi enfermedad no me ha permitido dedicarme lo suficiente a mis estudios. Los médicos dicen que necesito aún muchos cuidados; me mandan pasar el invierno en Niza.

Después de estar unos instantes en silencio, abrió su cuadernito y trazó con mano temblorosa en una página blanca una figura que pretendía ser un triángulo isósceles; me lo mostró sonriente:

—¿Ve usted esto?

—Sí, es un triángulo.

—Es un triángulo y es mi vida.

Lentamente y con abatimiento trazó a partir de la base entre los dos lados iguales del triángulo líneas paralelas a la base, que necesariamente eran cada vez más cortas a medida que se acercaban más al vértice, y al trazarlas murmuraba:

—Cinco años..., diez años..., doce, trece, catorce, quince, diez y seis años, vea usted cómo esto disminuye y cómo acaba.

Después de algunas vacilaciones puso la punta de su lápiz en el vértice del triángulo y dijo:

—Diez y siete años, ya no queda espacio, es el fin. Luego cerró bruscamente su cuadernito, alzó la cabeza y adujo enérgicamente:

—Pero me curaré. Estoy seguro de curarme. Los médicos creían que mi mal estaba en el pecho; se equivocaban; está en el corazón. Tengo palpitaciones. Es el corazón.

Después de otro silencio me preguntó si me agradaría ser oficial de marina, y dijo con la mirada perdida a lo lejos:

—Es lo que me hubiera gustado ser.

Se acercó a nosotros una señora anciana que llevaba un vestido de volantes color de hoja seca sobre un miriñaque majestuoso.

—Mi abuelita—murmuró.

La señora sentóse junto al mozalbete; se quitó los guantes; le cogió las manos y le palpó las mejillas.

—Cirilo, tienes las manos ardorosas; la frente húmeda. Estoy segura de que hablaste demasiado—prosiguió en voz baja, pero no lo bastante para que yo no pudiera oírlo:—Cirilo, no debes hablar mucho a un muchacho que no conoces, y sobre todo cuando nadie le acompaña.

Yo me creía ya el amigo de Cirilo, y por esto me pareció cruel que le separasen de mí desdenosamente. Observé que apartaba los ojos para no mirarme, y me levanté; me alejé, con el corazón oprimido sin volver la cabeza.

Después de andar largo rato con la preocupación

de aquella intimidad tan pronto formada y de tal modo perdida, vi sentados sobre la yerba, en el lindero de un camino solitario, a una muchacha y a un muchacho que parecían hermanos, y su aspecto era a la vez campesino y de ciudad; los dos tenían los ojos pequeños, provistos de cejas erizadas; el rostro acribillado de pecas, la boca hendida hasta las orejas; parecían bastante desvergonzados y tan alegres que no era posible verlos sin sonreír. La muchacha llevaba un trajecito de indiana rameada y el muchacho una blusa azul nueva; comían a grandes bocados una rebanada de pan con arroje, y bebían alternativamente en la misma botella.

Al observar mis curiosas miradas el muchacho se acarició el estómago, alargó con la otra mano la botella y exclamó:

—Es delicioso, ¿quiere usted probarlo?

Más por apocamiento que por altivez me alejé sin contestarle; y sin reflexionar que señalaba la distancia entre la pareja campestre y mi burguesía modesta de un modo más insolente aún que el usado por la dama del miriñaque al indicar la distancia entre su nieto y un mozalbeta desconocido y errante.

Comencé a sentir hambre y vi con inquietud que se alargaban las sombras de los árboles. Saqué mi reloj y advertí que sólo me quedaban treinta y cinco minutos para llegar a casa a la hora de costumbre. Llegué retrasado, jadeante. Mi tía Chausson, que estaba de visita, se interesó por mis estudios y me preguntó qué había hecho aquel día.

Fué una oportunidad encontrarla, y aproveché sus preguntas, porque tal vez no me hubiera atrevido a mentir a mi madre, y en cambio me pareció una obra maravillosa burlarme de mi tía Chausson. Respondí que precisamente había aprendido aquel día más cosas que en los seis meses anteriores, y que no perdí el tiempo.

Mi tía Chausson observó mi buen semblante, y me advirtió juiciosamente que el estudio no quebranta la salud.

Yo me prometía que, gracias al desorden que reinaba en el colegio, mi ausencia podría pasar inadvertida; y así ocurrió. Entre todos los venturosos efectos de aquellas vacaciones culpables y deliciosas debo señalar uno muy notable:

Al volver a verle, ya no me produjo disgusto la presencia del señor Crottu; yo no le odiaba ya.